

LA PROCESION DEL CORPUS EN SEVILLA.

NOTA. El grabado que antecede corresponde al artículo que se publicó en el Semanario en igual día del año pasado, descriptivo de la procesion del Corpus en Sevilla.

PROCESION DEL CORPUS Y CUSTODIA DE TOLEDO.



A festividad del Santísimo Sacramento, que había tenido principio en Lieja en 1247, se instituyó en el siglo XIII por todas partes, siendo pontifice Urbano IV, que había sido canónigo y arcediano de esta Sta. iglesia, quien dispuso se celebrase la misma solemnidad en Roma y en todo el mundo cristiano, por bula suya espedita en 1264, y aunque se interrumpió esta fiesta por algunos años, después de la muerte de aquel pontifice, poco después se admitió generalmente en todo el orbe católico, y llegó á ser una de las primeras festividades de la iglesia, y que con mas solemnidad celebra. Parroquias, monasterios, catedrales, todos se esmeran en mostrar en aquel día sus mas lucientes y vistosos atavios, y las poblaciones de todas clases en adornar las calles y plazas por donde en ese día ha de pasar en soberbio triunfo la magestad del Omnipotente. En nuestra España, después del establecimiento de las cofradías Sacramentales, el lujo y ostentacion es mas general en las iglesias, y mucho mas brillante en las catedrales, con especialidad en las de Sevilla, Valencia y Toledo que, como Primada, ha sobresalido siempre en la magnificencia y decoro del culto, habiendo en

Segunda serie. — Tomo III.

todo tiempo atraído mucha gente la procesion, y solemne octava del Corpus que aquí se celebra. El Semanario ha dado ya en otros años la descripcion de esta fiesta en las dos primeras ciudades (1). Hoy le toca á la imperial Toledo.

En lo antiguo, cuando las costumbres eran otras, se representaban en Toledo y en la misma Procesion del Corpus autos y trozos de representaciones análogas por farzantes, pues consta de una apuntacion que está en los archivos de la obra y fábrica, que en 1561 se dieron al famoso Lope de Rueda ciertas cantidades á cuenta del precio en que se concertó con él la fiesta de los autos del Corpus, y consta igualmente que siguieron al Rueda en estas representaciones nuestros antiguos cómicos, Alonso Cisneros, Cristóbal Navarro, Melchor Herrera y otros.

Antes acompañaban esta procesion varias monstruosas figuras, todo representando alegorias. Los que se conservan en la actualidad en esta iglesia, y que solo sirven para que los vean los curiosos, son unas figuras colosales representando las cuatro partes del mundo, ofreciendo al Ser Supremo sus producciones respectivas, y otra que representa al *Cid Rui Diaz* con la espada desenvainada; hay además dos medios *Gigantones* que llaman *Gigantilla*, y un gran serpiente llamado la *Tarasca*, que quiere figurar á la bestia del Apocalipsi con la mujer engalanada encima, llamada *Ana Batena* por el vulgo. Estas figuras están muy

(1) Véanse las páginas 167 del tomo de 1839, y la 187 del año de 1840.

hien trabajadas, y fueron traídas de Barcelona en 1755, dejando de sacarse por evitar irreverencias, según lo previno Carlos III por una ley recopilada.

En el día han sustituido á esto la dulce armonía de los himnos y cánticos sagrados, y lo grave y numeroso del acompañamiento. La víspera de la festividad es recorrida la carrera por varios individuos de justicia, á los que precede uno que lleva una gran muleta tan alta como es la custodia, ó mas, para ver si los toldos que cubren toda la carrera estan á la altura prefijada. Llegado el día, desde muy temprano se ocupan todos los que habitan en las casas del tránsito de cubrir y embellecer sus fachadas y balcones con la mayor suntuosidad, y parecerá increíble no viéndolo, el lujo con que los toledanos ricos y pobres adornan las calles en semejante día, pareciendo algunas personas los gabinetes tapizados de seda, y perfumados con la multitud de flores y yerbas aromáticas que se ven por todas partes.

Preceden á la procesion, que tiene una carrera bastante dilatada, las cruces de todas las parroquias, presidiendolas la de la catedral, de un grandor extraordinario, y colocada en una manga proporcionada, que por su magnitud va colocada en andas, y llevada por cuatro hombres. Siguen luego los individuos de las cofradías sacramentales de todas las parroquias de la ciudad, precedidas cada una de su respectivo pendon, y despues todo el clero secular, aumentado al presente con los esclaustrados de los conventos sustrimidos, todos con blancas sobrepellines, y detras de estos sigue el cabildo de la Peinada, á cuyo fin el ruido de la campanilla que lleva el subdiacono anuncia á los fieles la proximidad de la gran custodia, donde está colocado el Señor. Preceden á esta varios niños de coro vestidos de ángeles con el mayor gusto, que llevan abas encendidas, y los incensarios que continuamente estan despidiendo las mas exquisitas aromas.

La custodia que acabamos de insinuar, alhaja preciosa y singularísima en España, cuya descripción es una de los primeros objetos de este artículo, fue mandada ejecutar en 1515, siendo arzobispo el cardinal Cisneros (1). Enrique de Arfe y Villafañe, famoso escultor de plata y oro, de nacion aleman, padre de Antonio, y abuelo del celebre Platero Juan de Arfe, que escribió el libro titulado *De varia sommesuratione*.

El dicho Enrique se contrató para hacer esta custodia en 1517, y á ese fin comisionó á su criado Hernan Gonzalez, para que comprase plata para ella por valor de 2240 maravedises cada marco. Hicieron sus trazas en 1516 Diego Copin y Juan de Borgoña, pues consta que en ese año les fueron pagados sus modelos, cuyos diseños ignora si fueron seguidos por el Arfe, ó si este hizo otros, como debemos suponer; solo si se sabe que desde el 1517 se puso aquel á trabajar en ella hasta el 1524 que la acabó de todo punto. Se halló tenia de peso 661 marcos, 4 onzas y 3 ochavas, que á razon de 2318 mrs. de lehiara cada marco segun tasacion de los ensayadores Hernando Balletero y Pedro Herreros, ascendió todo el coste del trabajo del Arfe á un millon treinta y tres mil trescientos cincuenta y siete. En el siguiente año 1525 fue mejorada la basa de esta custodia; la pusieron tornillos para poder ser desarmada, y le añadieron dos arrobas y 6 libras de plata; de forma que su total peso en la actualidad es de 794 marcos de plata y 57 de oro purísimo de lo primero que vino de America, que compró el cardinal Cisneros de la cámara de doña Isabel. Permaneció en blanco y sin dorar esta custodia hasta

los tiempos del cardenal Quiroga, en que ejecutó esta operacion el platero Francisco Merino, junto con otros en 1594, quedando de todo punto perfeccionada, en los términos que ahora la vemos en 1599, siendo arzobispo de Toledo el archiduque Alberto.

La construcción de esta riquísima alhaja es de la mas exquisita é increíble proflijidad que puede figurarse en el género gótico. Tiene como tres varas de altura, y forma un perfecto eságono. Sienta sobre dos pilutos, uno liso y otro calado, el que recibe el basamento de esta custodia; forma ese ocho lados y en cada uno un pedestal resaltado cuñeteo de relieves. Cargan sobre ellos seis pilares, formados de grupos de columnillas, en las que asientan innumerables y pequenísimas estatuas, en sus nichos bajo de doseletes y pirámides crestadas. A cada pilar de estos se arrima por fuerza otro de la propia forma, que sienta sobre una repisa calada, unido al anterior por graciosos arbolantes que terminan en estatuas; seis arcos llenos de fajas, trenzas y calados á la manera gótica, unen estos pilares entre sí, y reciben una como bóveda fortalicada por aristas, que tiene por clave un florón con varias piedras preciosas, y de ella cuelgan campanillas y filigranados incensarios. Dentro de este primer cuerpo esta la custodia anterior de oro, cuya pecana es eságona, y tanto esta como el pie esta calado con la mayor finura y lleno de estatuillas y medallas esmaltadas. Forma luego un plano, donde cargan ocho columnillas que hacen un tabernáculo y otra multitud de figuras delicadas, que terminan en otra pequeña bóveda y antepecho calado, con castillos en los ángulos, y en el centro se admira un gracioso y diminuto palomar volando con palomas, en actitud de salir por las ventanas. Dentro de esta interior custodia esta el viril lleno de perlas y piedras preciosas las mas grandes y estimadas.

El segundo cuerpo de esta custodia guarda el mismo orden de pñares y adornos, y contiene en su centro una imagen de Cristo resucitado. El tercero es mas pequeño, y de su bóveda cuelgan campanillas, y tanto el uno como el otro cuerpo se disminuyen guardando la forma piramidal, terminando en un caprichoso cerramiento, y una cruz de oro al remate con 86 perlas, que da el mayor realce á esta singular alhaja, cuyas piezas son innumerables, pues solo de estatuas tiene repartidas doscientas sesenta. Solo con el auxilio de un libro, que dejó escrito su artifice, es asequible el desarmarla.

Esta custodia tal como la acabo de describir va en la procesion colocada en un magnífico carro triunfal construido en 1781 en León por D. Bernardo Miquelez, y es dirigido por una lanza, terminando en un plano pendiente de solo un eje donde asienta la custodia, consiguiendo así facilmente por un resorte, el que á pesar de la inclinacion del carro por el desnivel de las calles, vaya siempre derecha la custodia. Durante la octava esta colocada sobre cuatro ángeles de plata de cuerpo entero y mas de una vara de altura, los cuales estan en actitud de sostener la máquina y aparato interior que unido todo forma la mas graciosa pecana que pueda figurarse, y sienta sobre un altar portátil que se sitúa en el presbiterio, cuyos muros estan cubiertos de un dosel de tisa y cuatro paños al rededor de riquísimo brocado, que cubren todo el ancho del retablo mayor, los cuales fueron propiedad de los reyes católicos, pues consta por asiento, que en 1517 se pagaron á Alonso Fernandez de Tendilla camarero del cardinal Cisneros 4009 maravedises que costaron dichos paños, comprados en la almoneda de los reyes católicos, y cuyo total coste fue el de 9003 maravedises, cantidad exorbitante para aquel tiempo. Su labor es preciosa, y contienen escudos de armas reales, y la empresa del tanto monta peculiar de esos monarcas. Toda esta riqueza junta, unida á la magestad del culto que aun

(2) Hubierase acompañado el grabado de esta custodia, pero es tal su primor y delicadeza, que no nos hemos determinado á intentar.

reducido en la actualidad es siempre imponente y respetuoso, hace formar del ser Supremo la idea magestuosa que es dable á la limitada comprension humana.

N. MAGAN.

AGRICULTURA.



El hombre se aprovecha de cuanto existe para atender á sus necesidades. Si los reinos mineral y animal le dan infinitos dones de que llega á utilizarse, no son menos los que el reino vegetal presenta á su vista, porque desde el musgo mas diminuto hasta el alto cedro le ofrece inmensos recursos si llega á conocerlos. El estudio que ha hecho de la maravillosa virtud que la tierra tiene de desarrollar las semillas que se confían á su seno, el exámen de las leyes que la naturaleza ha prefijado á la animacion, y primer movimiento del embrión vegetal, le han enseñado los medios de librar las plantas del estado de rusticidad, de hacerlas mas nutritivas y sabrosas, y de esparcirlas por todo el globo para la subsistencia del género humano. Como todo se cambia y modifica en las manos del hombre, no habia de existir una ley excepcional para los vegetales; así muda y varia lo que tiene sujetos al cultivo, forma de estos otros nuevos que llegan á hermosear nuestros jardines con sus variados colores ó á recrear nuestro paladar con sabrosos frutos. En particular los extranjeros, en climas y suelos mas ingratos que el nuestro, poseen multitud de flores y frutos que no tenemos, nos los venden á peso de oro como oriundos de remotas climas, no debiéndose su adquisicion sino al incansable estudio de la ciencia agronómica.

En las mismas plantas han hallado el modo de variarlas, de obtener otras nuevas y de conservarlas despues de encontradas. Veamos que procedimientos se emplean para lograr estos fines, y en que se fundan aquellos.

El vegetal se reproduce por semilla ó por division de algunos de sus partes; por aquellas se adquieren nuevas variedades, y por ésta se conservan y perpetúan. Se valdrá el agricultor de las semillas para propagar las que en todo el periodo de su vida fructifican una sola vez; para regenerar especies deterioradas, para obtener producciones mas bellas y durables, y como puede influir no solo en el momento de su formacion, esto es, en el acto de fecundarse, sino hasta en su primer desarrollo haciendo mas ó menos enérgica ó duradera la accion de los agentes de la vegetacion cambia, modifica y trastorna las plantas, en términos que las que son oriunarias de una misma madre se distinguen entre si con la mayor facilidad. Seria casi imposible en el dia reconocer el tipo primitivo de tantas peras, manzanas y demas frutos; lo mismo de flores, hortalizas y otros vegetales: el número de variedades es infinito, su origen muy oscuro, y cada dia será mas por las que sucesivamente se van aumentando. El medio mas natural de multiplicar las plantas es por semilla, que es el huevo vegetal, es un nuevo ser que se formó sobre la planta madre de quien recibe la vida, pero que se separa de ella naturalmente cuando no la necesita y puede ya vivir aislado, y si entonces felizmente se coloca en ciertas circunstancias dignas de apreciar, da un individuo que aunque semejante en lo esencial á la que le dió nacimiento, se diferencia no obstante por caracteres y propiedades que aquella no tenia. Jardineros, hortelanos y arbolistas debieran hacer constante-

mente todos los años sembreros de las plantas que manejan, y conseguiran algunos individuos nuevos preferibles en su clase á todos los conocidos. Las mas de las especies jardineiras se han obtenido de este y del otro medio que diremos. Cada planta nueva introducida en el cultivo de mas mérito que las que existen, es un tesoro para el agricultor.

Las modificaciones que el hombre puede causar á los vegetales vienen por los agentes exteriores ó por el acto de la misma fecundacion, y serán útiles si tienen suficiente grado de intensidad para transmitirse por la generacion, y si progresivamente viene una serie de plantas notables por algunas particularidades mas ó menos permanentes. La dedalera de color de púrpura lleva algunas veces flores blancas, y la adormidera suele ser matizada de varios colores que aparecidos se comunican y perpetúan por semilla. Si se estudiasen como debieran todas las circunstancias que influyen en la variacion de las plantas, y se sembrasen mil semillas, en poco tiempo tendríamos miles nuevas. Puede variar la planta en el porte de toda ella, en alguno de sus órganos, en los colores de sus flores y hojas, en la magnitud, figura y calidad de los frutos, en su precocidad, ó tardanza, en la resistencia á los frios y calores excesivos y otras muchas circunstancias. En Crimea han obtenido olivos menos sensibles á los frios que los nuestros, y los van extendiendo por paisas en que antes no habian podido vivir. Si no fuera por el gran número de variedades de plantas que poseemos, era imposible gozar por larga temporada del placer de sabrosas frutas y de delicadas hortalizas. El número de variedades proporcionan al agricultor los medios para aprovecharse de ciertos terrenos, exposiciones, localidades y climas. Los vegetales mas espuestos á la luz tienen sus flores y sabores mas fuertes, la madera es mas sólida y pesada, el color y sequedad los dispone á lleracer y fructificar; y una temperatura muy elevada con la humedad, produce efectos contrarios á los precedentes. El cultivo altera el tipo del vegetal, la naturaleza del suelo á que se trasplante, la eleccion de abonos mas apropiados á su organizacion, las riegos bien continuados en las diversas épocas del desarrollo y crecimiento, una localidad y exposicion diferentes del pais en que vivia, le modifica y cambia en altura, en sus colores y en sus frutos. Todas las partes componentes de la flor tienen la propiedad de transformarse unas en otras formando las flores dobles que tanto apetecen los jardineros floristas como mas recomendables y de mas estimacion, y se debe tener presente que toda semilla de flor sencilla tiene latencia de darle doble. Mr. de Salisbury dice, que sembrando semillas de flor simple en un terreno muy bueno, y haciendo ligaduras en el cuello de la flor, se obtienen semillas que dan flores dobles. Si recogemos con cuidado las semillas de todas las variedades y especies jardineiras precoces y tardias, tendremos plantas que gocen de estas mismas cualidades.

Hay una segunda clase de modificaciones que se pueden imprimir á las plantas, mucho mas dignas de estudiar que las anteriores, mas constantes y duraderas, en cuya aparicion el hombre tiene un influjo directo, y son las que provienen de la misma fecundacion. Tienen de notable estas modificaciones que se obtienen en el mismo instante en que el germen de la semilla recibe el primer movimiento de vitalidad, y que una vez que ellas aparezcan no se destruyen sino con el individuo. Se hará la fecundacion entre plantas de una misma especie cortando los órganos masculinos, ó los estambres á una y el pistilo ó órgano hembra á otro, y practicada esta castracion, se sacudirá el polvo fecundante sobre la hembra por la mano del hombre como en las palmeras, y las semillas que resulten de esta fecundacion cruzada darán variedades de individuos que no se parezcan al padre ni á la madre. El autor de la naturaleza imprimió á las especies una ley constante y perpetua para

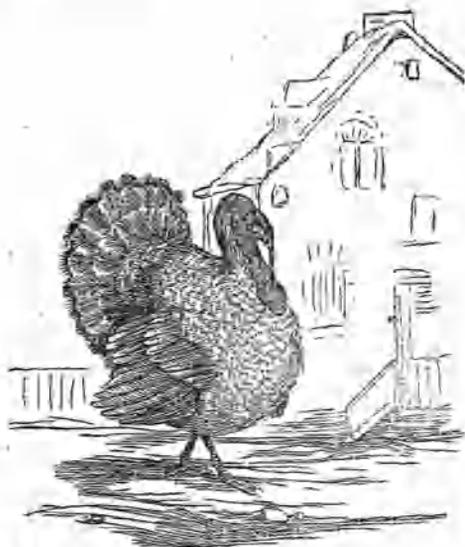
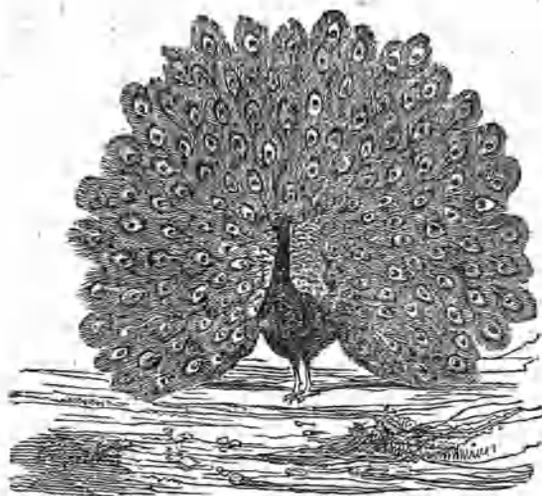
su generacion, y aunque permitió que pudieran variar de mil modos, no quiso que pasase una especie á otra, conservándose así la raza primitiva de los seres. Pero ejecutando debidamente esta fecundacion cruzada conseguiremos una infinidad de variedades nuevas. Algunas que poseemos deben su origen al cruzamiento ó lubridez que naturalmente habrá sucedido por la aproximacion de las plantas, que mutuamente se habrán fecundado. Las lubredas en los vegetales son lo que los mulos en los animales. Una de las condiciones mas indispensables para el buen resultado de esta operacion es la grande é íntima afinidad entre las especies. Todas las fecundaciones intentadas hasta el dia entre plantas de familias diferentes se han frustrado; y aun entre las de un mismo género existen especies que se fecundan con mas facilidad que otras. Los jardineros aconsejan castrar las flores desde el capullo y por la mañana, en especies análogas y muy inmediatas, y de este modo producen lubredas fértiles; así se concibe que dos especies pueden formar una, tercera, esta una cuarta, y estas fecundándose sucesivamente engendran variedades hasta lo infinito. Linceo en 1744 aseguró que la lubridacion era posible, y decia que por experiencia habia llegado á saber que los tulipanes ma-

tizados de varios colores provenian de semilla de plantas lubredas. Gmelin escribió á Linceo que de dos espuelas traídas de Siberia tenia ya en el jardin de Petersburgo cinco ó seis. Desde entonces estas verdades extendidas por lo restante de Europa han obligado á los extranjeros á entregarse á practicar la operacion de lubridar, y han llegado á poseer mas plantas que nosotros, porque desgraciadamente no nos hemos dedicado al estudio de las ciencias naturales.

Hallada una nueva variedad ó bien por semillero ó por lubridacion, tenemos medios para conservarla y multiplicarla con todos sus caracteres, y en propagándola por la separacion de alguna de las partes del vegetal, ó bien por tubillos ó cebolla, raíces, hijuelos, sierpes, barbados, acodo, estaca ó injertos. Todas estas operaciones se comprenden en el método artificial de multiplicar los vegetales que se llama de yema, ó division de algunos de sus órganos, que se separan para formar un ser distinto pero animado por la misma fuerza vital, y no siendo mas que una continuacion del vegetal que le produjo, le representa aun en las mas pequeños caracteres.

JOSÉ ECHEGARAY.

HISTORIA NATURAL.



EL PAVO REAL Y EL PAVO COMUN.

Si el imperio perteneciese á la belleza y no á la fuerza, el pavo real seria sin duda el rey de las aves. Sobre ninguno otro ha derramado la naturaleza con mayor profusion sus tesoros; talla crecida, aspecto imponente, noble forma, las proporciones del cuerpo esbeltas y elegantes, todo en fin cuanto puede anunciar un ser distinguido le ha sido prodigado. Un penacho movable y ligero y pintado con los mas bellos colores adorna su cabeza sin servirle de molestia; su incomparable pluma reúne en sí cuanto puede lisonjear á la vista en el fino y delicado colorido de las mas hermosas flores; todo cuanto puede deslumbrarnos en el reflejo de las mas brillantes pedrerías; todo cuanto podemos admirar en el magestuoso resplandor del iris: no solo se ven reunidos en la pluma del pavo real los colores del cielo y de la tierra, sino que para que admiremos en él una obra maestra de

magnificencia, la naturaleza los ha mezclado, matizado, confundido con su inimitable pincel, formando un cuadro único, y dándolos en su mezcla matices mas oscuros y en su oposicion un nuevo brillo y efectos de luz tan sublimes, que le es imposible al arte describirlos ni imitarlos.

Tal parece á nuestra vista el pavo real, cuando solo y tranquilo se pasea en una hermosa mañana de primavera; pero si aparece repentinamente su hembra, entonces ostenta en toda su hermosura, sus galas se multiplican, animanse sus ojos y toman expresion, se agita su penacho anunciando su emocion interior, y abriéndose las dilatadas plumas de su cola despliegan sus brillantes riquezas. Su cabeza y su cuello, inclinándose noblemente hácia atrás, se proyectan con gracia en aquel fondo radioso en que la luz del sol se refleja de mil formas, se pierde y se reproduce incesantemente y parece tomar un nuevo resplandor, aunque mas

suave y de colores mas variados y armoniosos: cada uno de sus movimientos produce nuevos matices, millares de reflejos ondulantes y fugitivos, incesantemente reemplazados por otros reflejos y otros matices, siempre diversos y cada vez mas admirables. El pavo real es originario de las Indias orientales.

El pavo comun es una de las aves domésticas mas notables. Su cabeza pequeña en proporcion de su cuerpo, carece del adorno comun á las demas aves; pues está desnuda de plumas y cubierta así como parte del cuello, con una piel azulada cargada de glándulas encarnadas en la parte anterior del cuello, y de otras blanquecinas sobre la parte superior de la cabeza con alguno que otro pelo negro que sale por entre las glándulas y muy pocas plumas, pero estas son mas espesas en la parte inferior. De la base del pico baja una especie de papada carnosa encarnada y flotante, que aunque á la vista parece sencilla, se compone de una doble membrana. Sobre la base del pico superior se eleva una cresta carnosa de forma cónica y surcada por arrugas transversales bastante profundas: esta cresta no tiene mas que una pulgada de elevacion en su estado normal, esto es, cuando el pavo, no viendo al rededor mas objetos que aquellos á que está acostumbrado, no experimenta ninguna agitacion interior; pero si algun objeto extraño se presenta inopinadamente; si en la estacion de los amores aparece la hembra, abandona repentinamente su humilde sencillez, eleva con orgullo su cabeza, hinchase su garganta, la cresta se despliega, se prolonga y desciende hasta dos ó tres pulgadas mas abajo del pico, al que cubre enteramente; toda la carnosidad azulada de su cabeza se cubre de un vivo encarnado: las plumas del cuello se erizan, las de la cola se elevan y se abren en forma de abanico, y las alas se caen hasta tocar la tierra: en esta actitud, tan pronto dá vueltas en torno de la hembra acompañando su accion por un ruido sordo que espide de su pecho; tan pronto la abandona como para vigilar sobre los que pudieran inquietarla: en ambos casos su paso es grave, y solo se acelera para lanzar un ruido sordo: de cuando en cuando interrumpe su manobra para dar un chillido penetrante.

La hembra se distingue del macho no solo en que no tiene espolones ni pelo en la parte inferior del cuello, sino tambien en las propiedades anejas al sexo mas débil en la mayor parte de las especies. Es mas pequeña, tiene menos caracterizada la fisonomia, menos recorte en el interior, y en el exterior menos accion: su grito no es otra cosa que un acento de queja; no se mueve mas que para buscar alimento ó para huir del peligro; finalmente, no posee como aquel la facultad de *hacer la rueda*.

El pavo es originario de América y se halla aclimatado en Europa desde el siglo XVI. La educacion de los pavillos exige mucho cuidado y precaucion hasta el momento en que su cresta se halla bien desarrollada; pasada esta época se crían ya sin ningun peligro.

RECUERDOS DE VIAJE (1).

VI.
PARIS.

RETENSION exagerada parecería, y sería en efecto, la de querer bosquejar el inmenso cuadro que bajo todos títulos ofrece la capital de Francia, reducido á las mínimas dimensiones de unos apuntes de viaje, escritos mas bien para entretenir los ratos de cansancio y la ausencia de los amigos, que para dar á conocer, á los que no lo hayan visto, la gran importancia, el mágico embeleso de aquella gigantesca capital. Empero entre aspirar á tamaño resultado, y el mas modesto de recrear la memoria propia, y escitar algun tanto la curiosidad ajena, permitásenos el habernos decidido por este último extremo, y arriesgar solo aqui nuestras propias impresiones á la vista de tan singular espectáculo, sin que sea licito pedirnos cuenta mas que de lo que decimos, y no de modo alguno de lo muchísimo que dejaremos por decir.

Empezando, pues, nuestra agradable tarea por el aspecto material de la ciudad, todo el mundo sabe que la antigua *Lutecia* de los Gaulas estuvo reducida en su primitivo origen á una isleta formada por el rio Sena, que subsiste todavia, y es conocida hoy por el nombre de *la Cité*, agregándosele sucesivamente otras dos pequeñas (la de *San Luis* y la de *Larion*).—Mas adelante, andando los tiempos, y no cabiendo ya la poblacion de Lutecia en tan estrechos límites, se estendió por ambas orillas del rio, aumentándose sucesiva y prodigiosamente en términos, que puede decirse que hoy la principal cima de aquella metrópoli, apenas es apercibida entre la inmensa estension de las otras dos poblaciones á derecha é izquierda del Sena.—Este rio, pues, encerrado en el medio, y atravesando hoy la ciudad por toda su estension, es la arteria principal, la marcada línea entre sus tres principales divisiones; y la separacion que ella establece, no solo se hace sentir en la material fisonomia de las construcciones, sino tambien en la social y política de su poblacion; así vemos que la de la parte septentrional, ó sea las *Tullerías* y la *Chausseé d'Antin* está mas especialmente habitada por la corte y el comercio; la meridional, ó sean los cuarteles de *S. German* y de *La universidad*, son el patrimonio de la antigua aristocracia y de las escuelas; y el centro correspondiente á las islas, y en donde se hallan situadas *la Catedral* y el *palacio de Justicia*, es mas especialmente habitado por el clero y la curia.

Reunidas, pues, estas tres divisiones, componen la asombrosa mole de siete leguas de circunferencia, cubierta con cuarenta y seis mil edificios, cortada por mil doscientas calles, y poblada con cerca de un millon de habitantes. Una muralla sencilla rodea su recinto, y está interrumpida por cincuenta y ocho entradas llamadas *barreras*, á las cuales vienen á convergir todos los caminos capitales del reino. Veinte y dos puentes sobre el rio (entre los cuales los hay de primer orden por su solidez y elegante construccion), establecen las comunicaciones entre tan apartados barrios.—El terreno sobre que está situada la ciudad es generalmente llano, á escepcion de algunas pendientes á los extremos hácia el *Panteon* y la puerta de *S. Dionisio*.

Ademas de la division central marcada por el rio, hay

(1) Véanse los anteriores artículos en los seis últimos números del Semanario.

otra en la parte septentrional de la ciudad, establecida por los hermosísimos paseos conocidos por Los baluartes (*Boulevards*), y abiertos sobre el terreno por donde un día corría la fortificación de la ciudad; los cuales describiendo en su extensión de unos ocho mil pasos una inmensa curva desde la plaza de la *Magdalena* á la de la *Bastilla*, subdividen la parte mas imponente y vital de París (que es la comprendida á la derecha del *Sená*) en dos grandes porciones, que pueden llamarse nueva y vieja; campean en aquella la moderna aristocracia mercantil con toda su magnificencia, y ostenta en esta su inexplicable actividad la industria y el comercio de detalle. — Las calles principales, ó siguen paralelas las dos grandes líneas del río y los baluartes en una prodigiosa extensión, ó las comunican entre sí desde uno al otro extremo de la ciudad, estableciendo así un plan bastante uniforme y no difícil de comprender por el fustero.

Este, al llegar á París por la parte de *Arceuil* (como á mí me sucedía esta vez), no tiene por el pronto que felicitarse mucho de la primer impresión que le produce aquella ciudad; pues atravesando por largo rato calles estrechas, sucias y oscuras, aunque de una extensión desconsoladora; contemplando la triste y sombría mole de las casas, por la mayor parte viejas y ennegrecidas por el tiempo y la humedad del clima, y mirándolas animadas por una población que aunque activa é industriosa parece revelar los rigores de la miseria, se hallará por el pronto desencantado de sus ilusiones; creará fallidas sus brillantes esperanzas, y se vengará en silencio de las encomiásticas relaciones de los viajeros, maldiciendo de todo corazón su bondadosa credulidad. — Pero aguarde con paciencia el recién llegado; siga con la imaginación y con la vista el curso de su carruaje; salga en fin del embrollado caos del *país latino* (barrio de la Universidad); dé vista al río; atraviese el *punteo Nuevo*; y si tanta es su fortuna que en aquel punto y hora la inmensa multitud de carruajes que le cruzan obliga á detenerse algunos minutos al sayo, asome entonces la cabeza nuestro viajero, y estienda la vista de uno y otro lado, y siguiendo los gigantescos brazos de la ciudad, contemple, si puede, delante de sí el romántico palacio de *las Tullerías* y sus bellos jardines; la magnífica fachada del *Louvre* y su elegante columnata; la interminable serie de hermosas casas que bordean los fuertes diques del río; la bella perspectiva de los puentes; el antiguo *Hotel de ville* (Casa de Ayuntamiento) y la torre de Santiago, limitando el cuadro á su derecha; el obelisco Egipcio, y el arco triunfal de la Estrella á su izquierda. — Por el opuesto lado del río, podrá abarcar su vista los palacios del Instituto y de la Moneda, los del consejo de Estado y la Cámara de diputados, las elegantes cúpulas de los Invalidos y el Panteón; y en medio del río la hermosa isla, que parece una ciudad flotante que arrancando en el mismo puente sobre que situamos al espectador, concluye ostentando entre las nubes las sombrías y magestuosas torres de la catedral (*Notre Dame*).

Ignoro si el viajero se dará por satisfecho con esta primera inspección; pero me persuado de que no será así; antes bien creo que siéndole imposible desprenderse todavía de sus ensueños (que nunca se parecen á la realidad), y calificar á un solo golpe de vista tan vario y magnífico espectáculo, cederá por el momento á un embrollo de los sentidos, á un aturdimiento de la imaginación, de que no sepa darse cuenta, pero que le impide gozar del cuadro magestuoso que le rodea. — Mas adelante, y después de calmada esta primera é indefinible sensación, luego que guiado por un *cicerone* inteligente haya podido recorrer en su inmensa extensión las regias calles de *Rivoli*, *Castiglione* y *la Paz*; las animadas de *Montmartre*, *S. Dionisio* y *San*

Martin; las elegantes é industriales de *Richelieu*, *Vivienne* y *S. Honorato*; las opulentas y aristocráticas de la *Chausse d'Antin* y del cuartel de *S. German*; luego que situado en la magnífica plaza de la *Concordia* vea ostentarse en derredor suyo los principales palacios, jardines, paseos y monumentos públicos del París moderno; luego que haya recorrido la doble fila de diques que bordean el río, animada por una población numerosa y vital; luego que haya seguido la interminable línea de los Baluartes desde la moderna columna de las víctimas de Julio hasta el magnífico templo griego de la *Magdalena*, espectáculo único en su género por su movimiento y suntuosidad; luego que del opuesto lado del río haya admirado el soberbio Panteón, el cuartel de *las Volúlas*, el palacio y jardines de Luxemburgo, y el delicioso Botánico; la catedral de *Ntra. Sra.*, y el palacio de Justicia en la isla central; los de las *Tullerías* y el *Louvre*; la columna de Napoleón, la casa de Ayuntamiento, la *Bolsa*, el arco de la *Estrella*, y otros mil monumentos de primer orden á la orilla derecha del *Sená*; luego que haya visto de noche este extenso cuadro alumbrado con infinidad de faroles alimentados por el gas; luego que haya recorrido las encantadoras galerías (*passages*) de *Vivienne*, *Colbert*, *Sauvion*, *Choiseul*, *Panoramas*, *Ferododat* &c.; luego, en fin, que haya contemplado las bellísimas arcadas que rodean el jardín del *palacio real* de Orleans, y hallado en ellas el mas magnífico hazar, la esposición marries de industria que existe en el mundo; entonces y solo entonces podrá decir el viajero que ha hallado el París que busca, el París magnífico, el París animado é industrial que soñaba su fantasía. — Aconsejámosle, pues, que no pretenda calificar de pronto tantos y tan variadas objetos; que no ceda al entusiasmo ni á la fatiga que su vista le produzca, y que reducido en la posible á una observación meramente pasiva, aguarde á que el tiempo venga á colocarle en el verdadero punto de vista desde el cual ha de examinarle.

Si apartarme por ahora de la rápida inspección material de aquella ciudad, solo diré que en su conjunto no puede afirmarse, sin embargo, que sea una población bella, una agradable perspectiva. Y esto por varias razones. La considerable extensión de su recinto, poblado y engrandecido en diversas épocas y bajo el influjo de distintas civilizaciones, revela en sus varios cuarteles el sello peculiar de cada uno, y por consecuencia ninguna calibración absoluta puede admitirse para el conjunto general. — Si penetramos, por ejemplo, en los barrios centrales del antiguo París, hallaremos un laberinto inexplicable de calles estrechas y tortuosas, de casas altísimas é informes, por cuyas ventanas no penetró jamás la luz del sol, cuyas fachadas ojivas y maltratadas por los rigores del tiempo ofrecen un desgraciado prospecto de aquella época tan encomiada en nuestros días por los poetas y novelistas; de aquella edad media en que la humanidad se dividía en siervos y tiranos; en que los feudales castillos, los suntuosos palacios de estos, dominaban desde su altura las miserables chozas donde vejetaban aquellas á su servicio; en que las disensiones de las familias patricias, en que las luchas de señor á señor, convertían sus vasallos en guerreros, sus palacios en fortalezas, sus tortuosas poblaciones en reductos y emboscadas donde mutuamente se defendían de las bruscas agresiones de sus contrarios. — La civilización emancipando á la humanidad de tan vergonzoso yugo; elevando la inteligencia á un alto grado de esplendor; revelando al hombre su dignidad, y dándole á conocer los gozes que la vida podría ofrecerle, vino á variar el aspecto material de los pueblos; y las ciudades modernas borrando sucesivamente las oníscas trazas de su antiguo barbarismo, ostentan hoy una comodidad, un lujo, un halagüeño aspecto, que podrá ser

se quiere parecer monótono y prosaico á aquellos hombres excéntricos, que gustan de trasladarse con su imaginación y con su pluma á las épocas nebulosas y á los contrastes marcados; pero que no por eso dejará de obtener la aprobación de la generalidad de los vivientes, inclinados á atravesar mas dulcemente su peregrinación en la tierra.

El París de Luis onceavo y de Enrique cuarto vá sin embargo desapareciendo rápidamente ante las poderosas exigencias de la moderna civilización, y hoy solo conserva como documentos de la antigua, algunos barrios tortuosos, algunas calles sombrías, algunos edificios públicos que su importancia hace respetables; y extendiendo además sus límites hasta un término que no pudieron nunca soñar sus antiguos fundadores, ostenta sobre ambas márgenes del Sena cuarteles inmensos, calles interminables, derechas, uniformes, amplísimas, cubiertas de edificios de elegante forma, fuertemente enlosadas con piedras cuadrangulares que ofrecen á los carruages una superficie unida y sólida, con anditos ó aceras para comodidad de los transeúntes, alumbradas de noche por el gas, disimulados con ingenioso cuidado las desniveles, cortadas las esquinas con inteligencia, proporcionados á su término los bellos puntos de vista y la fácil comunicación. — Y digan lo que quieran Victor Hugo y su comarsa de imitadores, esto vale mas que las tortuosas avenidas de la *Cour des miracles* (hoy convertida en una bonita plaza), y que las puertas ojivas, hora substituidas por dóricas columnas, por elegantes balastradas, por amplio y cómodo peristilo.

Queda sentado arriba que París considerado en conjunto no puede llamarse una ciudad bella; pero es preciso explicar ante todas cosas lo que nosotros, los habitantes del mediodía, llamamos una hermosa ciudad. — Ante todas cosas nuestros ojos acostumbrados á una atmósfera pura, á un sol brillante, buscan en el conjunto de una población esta diaphanía del ambiente, esta armonía de los colores que solo hallamos en nuestro clima. Los objetos mas insignificantes embellecidos, las distancias mas estensas aproximadas, adquieren por el reflejo de nuestro cielo sol una entonación de colorido, una armonía de agrupación, que en vano buscaremos en donde las nubes y la bruma ejercen un imperio casi constante, y imprimen á todos los objetos un aspecto anticipado de vejez. — Así que considerado París desde una elevada altura, solo ofrece una inmensa masa de sombras cenicientas, una agrupación de picos grises ó negros, una montaña en fin de pizarras, en cuyo fondo mate y sombrío vienen á apagarse los débiles rayos del sol; las calles aunque anchas y largas no permiten tampoco á la vista disfrutar toda su estension, por la opacidad de la atmósfera en la mayor parte del año; y los objetos lejanos de importancia, las torres, los arcos triunfales aparecen como encubiertos con una gasa mas ó menos espesa, que por otro lado no deja de prestarles cierto realce y misteriosa hermosura. — Resulta de esta constante humedad es el color sombrío que adquieren muy pronto los edificios en términos de llegar á ennegrecer completamente los de piedra, y dar lugar en los intersticios de sus laberes á un musgo verdinegro, que á nuestros ojos no puede menos de desfigurarnos. — Así, por ejemplo, la fachada de la Catedral, el alumnato del Louvre, el palacio de las Tullerías, el de Justicia y el antiguo Hotel de Ville, no ejercen sobre nosotros aquel efecto que acaso nos arrebató cuando los contemplábamos pintados; y por eso la Bolsa, la Magdalena, el consejo de Estado y el Arco de la Estrella, como edificios mas modernos, y que todavía han podido resistir á la acción de la atmósfera, nos agradan y seducen mas.

Las fachadas de las casas son por lo general sencillas y monótonas en su distribución y colorido, y carecen tam-

bien á nuestros ojos de aquella parte vital que prestan á las nuestras sus balcones salientes, y sus extravagantes colorines. — En climas menos templados, el balcon no es como entre nosotros una necesidad; las ventanas permanecen constantemente cerradas, y la forma exterior tiene que acomodarse á las exigencias de la comodidad de los habitantes, mas bien que al agrado del transeúnte. — Pero en cambio las casas de París no presentan las formas extravagantes de muchas de las nuestras, ni sus mezquinos tejados de barro, ni los prolongados aleros, ni los incómodos canalones, ni sucios portales y oscuras escaleras, informe y poco cómoda distribución interior. — Aquellas, en los barrios mercantiles, tienen en su planta baja tiendas cómodas y espaciosas, generalmente adornadas en su exterior con caprichosas portadas de madera pintada; un portal mas ó menos capaz, pero limpio y bien enlosado; una escalera de madera construida en espiral con rara inteligencia, aunque á decir la verdad no con gran comodidad, por el corte que dá á los peldaños la forma circular de la caja de la escalera; una distribución discreta y apropiada de todas las habitaciones; y una entendida economía de las luces, de la ventilación y de los conductos de las aguas, que harian bien en estudiar muchos pretendidos Vitrubios, cuya rara inteligencia se limita á hacer grandes salones, ó imperceptibles celdas; pegar columnas á las fachadas y repisas á los balcones, sin cuidar ante todo de que el edificio responda ó no á su objeto, y de que sus habitantes disfruten la mayor comodidad posible. — ¿Qué dirian si vieran las casas de los barrios mercantiles de París, taladradas muchas de ellas en el interior de las habitaciones para dar paso á elegantísimas escaleras espirales de caoba, de hierro, de bronce, y hasta de cristal, que prestan comunicación entre los almacenes del piso bajo y los superiores; si observarán otras sostenidas por delgados pilares de hierro para dar mas elegantes entradas y magestuoso aspecto á las tiendas y cafés; si mirasen construir en algunas puentes de hierro sobre los patios para comunicarse las habitaciones superiores; si viesen en las mas penetrar por bajo de su pavimento de la calle, y proporcionar allí espacios para las cocinas y otras necesarias dependencias? Sin duda llevarian á mal el ver adornar los frontispicios con ventanas circulares, u ojivas, aplicar á ellas columnitas ó estatuas, triglifos ó festones, segun el gusto de cada cual, sin cuidarse de si Paladio lo prohibió, ó Vignola lo consiente, y hacer en el interior aquella distribución mas análoga al carácter del habitador, sin obligarle á que por fuerza haya de tener una sala terminada por dos gabinetes flanqueados por dos alcobas, estas por dos pasillos, estos por dos dormitorios bien frios y bien oscuros, los dormitorios por un comedor, este por una cocina, y la cocina por una dispensa, y entre ambas colocado oportunamente el malhadado recinto que mas lejos debiera estar Merecerian tambien su desaprobación los portales sin basureros y sin urinarias (vistámoslas de romano para mayor decencia) algunos ricamente enlosados de mármoles, de relieves de estuco y espartas? ¿unas escaleras dependientes de su caja, unas habitaciones enlosadas de madera, unas paredes proporcionando espacio para las chimeneas, los tejados empizarrados, las boardillas cómodas y hasta elegantes?

Si pasando de los barrios industrioses nos dirigimos á los opulentos y aristocráticos de la *Chausée d'Antin* y *Sau German*, hallaremos allí una serie interminable de verdaderos palacios, de regios edificios, á donde se ostenta la elegancia y la opulencia de sus dueños. — Muchos presentan alineadas á la calle sus soberbias fachadas, otros solamente una espaciosa puerta, que dá entrada á un jardín, ó vestíbulo, en el fondo del cual se descubre el bello palacio del magnate, el elegante casino del artista, ó la opulenta mansión del comerciante acaudalado. — Formas griegas

y romanas, de la edad media y del renacimiento, árabes y rusas, *Villas* italianas, *Kiosques* chinoscos, pabellones orientales y clásicas columnatas, todo alterna osadamente en estos sitios, según el gusto particular de cada dueño; y por ello nadie pone la voz en el cielo; ni las academias lanzan sus anatemas; ni el ayuntamiento arrea pleitos; ni los arquitectos se escandalizan; ni unos ni otros cuidan más sino de que la calle quede alineada; que el paso este espedito; que el edificio ofrezca solidez; y que no tengan en fin ninguno de aquellos inconvenientes que el interés general tiene derecho á impedir al interés privado.

En los edificios públicos ya es otra casa; y es preciso confesar que los arquitectos parisienses pueden presentar con orgullo en todas las épocas obras de la mayor importancia arregladas al gusto y á los severos preceptos del arte. — Ni es de mi propósito, ni está á mis alcances, el hacer un análisis de ellas; pero son harto conocidas y prodigadas sus descripciones para que haya necesidad de hacer una más. — Los antiguos templos de Nuestra Sra., Los laváidos, y San German *l'Auxerrois*, el magnífico palacio del Louvre, los del Instituto, La Moneda y otros muchos, las obras modernas del Panteon, la Bolsa, la Magdalena, el consejo de Estado, el arco de la Estrella, los puentes de Jena y Austerlitz, son obras que ciertamente no hubieran desafiado los griegos ni los romanos, y tanto que solo se ofrece acaso que censurar en los modernos la rígida imitación de los monumentos de aquellos pueblos, y tal vez la poca analogía de los edificios con el objeto á que están destinados, con las diversas creencias, las distintas necesidades de la moderna civilización. — Por ejemplo (y sea dicha sin acrimonia) á mi modo de ver no habríamos por la cual habiendo de edificar una iglesia destinada al culto de un Dios único, misterioso, sublime, se adopten las risueñas formas tan adecuadas á la griega mitología; que se transforme el templo de Teseo en iglesia de Magdalena la penitente, y sus relieves de triunfos humanos en otros que representen la misericordia del Redentor. — Tan ridiculo aparece también á los ojos de la filosofía una Bolsa de comercio bajo la forma del Partenon; una rotunda romana para servir á un mercado de trigo; otro templo griego hecho teatro, y hasta con su nombre griego de *Adeon*. — Pero prescindiendo de este rigorismo clásico, no puede negarse á los arquitectos franceses un atrevimiento en la concepción y ejecución de aquellas gigantescas obras, que prueban sus sólidos estudios, y la conciencia con que cultivan el arte.

El empedrado de las calles de París, sólido, unido y formando una ligera curva con su elevación en el centro, es en extremo cómodo para el paso de carruajes, aunque los regueros que se forman en ambos lados y á la inmediación de las aceras no dejan de ser bastante incómodos á pesar de la inmensa multitud de conductos que impiden la aglomeración de las aguas. Pero este inconveniente vá á ser remediado por un nuevo sistema que se halla ya puesto en práctica en las calles Vivienne y de Montesquien, el cual consiste en echar dichos regueros por bajo de las losas ó aceras elevadas, con lo cual aun en tiempo de las mayores lluvias no se verá en las calles ninguna corriente de agua. — Las ya dichas aceras son de una anchura conveniente respecto á la de la calle, de las anchas ó *asfalto* (especie de betun arenoso petrificado de que se hallan ademas cubiertas muchas plazas y paseos), y presentan por su ligera elevación un abrigo á los peligros, que de lo contrario acarrearía el continuo paso de carruajes. — La limpieza de las calles se verifica con asombrosa rapidez, si se atiende al inmenso recinto de la ciudad, y únicamente cuando sobrevienen las grandes lluvias ó nieves de invierno es cuando realmente y por algunas horas se ponen intransitables. — El alumbrado público ya queda dicho que es por medio del gas, en lo principal de la ciudad, y ademas está reformado considerable-

mente con la profusión de luces que ostentan las tiendas; pero las calles apartadas y lejanas del comercio permanecen aun poco menos que á oscuras con sus sombríos reverberos colgados de tarde en tarde en el centro de la calle. — La numeración es fácil y cómoda por el método general de los pares á la derecha y los impares á la izquierda, y creciéndolo ó decreciéndolo según la proximidad al río. — Y la policía urbana, en fin, numerosa, vigilante y activa imprime á todo aquel conjunto una marcha constante, y conciliadora de la pública comodidad.

No se permite allí como en nuestro Madrid á los dueños de obras particulares embarazar el paso con grandes acinamientos de escombras, cortes de maderas ó preparaciones de la cal; tampoco se ven ostentadas al aire en ventanas y balcones las ropas recién lavadas; ni se tolera á los perros andar sueltos bajo su palabra; ni á las cabras echarse á pastar en medio de las calles y plazuelas; ni se ven grupos de mendigos ostentando sus llagas, ó pidiendo con voces lastimosas; ni tropas de muchachos arrojándose guijarros; ni guijarros tampoco sueltos que pudieran arrojarlos aunque quisieran; ni acémilas enormes cargadas de sanguinosas restas ó de serones de pan; ni barreños de agua vertidos *ex-abrupto* á los pies del transeunte; ni cuadrillas de jamentos portadores de ladrillos retozando en bulliciosa alegría; ni fornidos atletas pesando carbon, ó cargándose sobre sus hombros una casa entera. — El reparto del agua, del pan, de la carne y demas provisiones de boca, de los materiales para las obras y de los muebles en las mudanzas de casa, se hace por medio de carros, enormes unos, apenas perceptibles otros, tirados aquellos por vigorosos caballos, empujados estos por niños, mujeres y hasta perros, que los hacen rodar sin gran trabajo por el buen empedrado y lo llano de las calles.

La ocupación constante de toda la población, las grandes distancias, y por consecuencia la prisa que á todos ocasionan, la rigidez del tiempo en la mayor parte del año, y el peligro, ó mas bien la imposibilidad de permanecer parado en donde todo se mueve, son causas bastantes para que no se formen en aquellas calles y plazas esos numerosos grupos de gentes valdías que atestan las nuestras y de que todo presente allí el aspecto de la animación y el movimiento. Pero este punto del París *vital* merece por sí capítulo aparte; bástenos por hoy el haber borrajado ligeramente el lugar de la escena, dejando para los dias sucesivos el cuadro animado, las heterogéneas semblanzas de los actores.

EL CURIOSO PARLANTE.

